

El Pabellon Cubano

ORGANO DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO
 REDACTOR, EMILIO ARTAVIA

AÑO I

San José, domingo 22 de Marzo de 1896.

NÚMERO 25

CONDICIONES

Saldrá los jueves y domingos.
 Serie de 10 números..... 1 00
 Número suelto..... 0 10
 Avisos, precio convencional.

ADMINISTRACION

6ª Avenida O., N° 268 — Apartado, 219.

PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO.

Cuerpo de Consejo en Costa Rica:
 Presidente, don Santiago Güell.
 Secretario, don Francisco Chaves M.
 Dirección: Apartado 363.

CLUBS

establecidos en la República para
 auxiliar la independencia Cubana

SAN JOSE.

Club de sras. *Hermanas de María Maceo.*
 Presidenta: señora María M. de Maceo.
 Secretaria: señorita Josefina Loinaz del Castillo.

Club *Hermanos Maceo.*
 Presidente: don Santiago Güell.
 Secretario: don Gregorio Santisteban.

Club *General Maceo.*
 Presidente: don Prudencio Odio.
 Secretario: don Joaquín Tamayo.

Club *Costarricense José Martí.*
 Presidente: Dr. Manuel Echeverría.
 Secretario: don Francisco Mayorga R.

Club *Obrero El Pabellón Cubano.*
 Presidente: don Emilio Artavia.
 Secretario: don Moisés Ramírez.

Club *Infantil Recuerdo á Martí.*
 Presidenta: señorita Julia Pérez.
 Secretaria: señorita Adriana Loinaz del Castillo.

HEREDIA.

Club *Herediano El Grito de Yara.*
 Presidente: Lc. don J. Federico González.
 Secretario: don Nicolás Hidalgo.

ALAJUELA.

Club *José de la Luz y Caballero.*
 Presidente: don Tranquilino Chacón.
 Secretario: don Paulino Dubón.

GRECIA.

Club de señoras *Agramonte.*
 Presidenta: doña Eulogia R. de Maroto.
 Secretaria: señorita Amelia Portugés.

Club *Carlos Manuel.*
 Presidente: don Pedro Barahona.
 Secretario: don Emilio Serrano.

SAN RAMÓN.

Club *Bolívar.*
 Presidente: don Luis Rodríguez.
 Secretario: don Florentino Lobo.

PUNTARENAS.

Club *Mariscal Sucre.*
 Presidente: don Miguel H. Céspedes.
 Secretario: don U. Fonseca.

NICOYA.

Club de señoras *Cubanas y Nicoyanas.*
 Presidenta: doña Cecilia de González.
 Secretaria: doña Elena v. de Crombet.

Club *Crombet Borrero.*
 Presidente: don Pedro González.
 Secretario: don J. J. Matarrita.

MATINA.

Club *Cuba Libre.*
 Presidente: don Pablo Pérez.
 Secretario: don Edgar P. de Arce.

LIMON.

Club *Brigadier Crombet.*
 Presidente: don José Arrasty.

EL PABELLON CUBANO

DOS AMIGOS.

I

LA luna acababa de ocultarse tras las cumbres de las montañas bañando en rosicler las ingentes alturas de las villas orientales, produciendo su ocaso—espejismo de aurora—un oriente de estrellas que, como lirios de luz que de súbito abrieran sus aúreos cálices, centelleaban sobre el fondo turquí de un cielo de estío esplendoroso y sereno.

A poca distancia de las fragorosas montañas, en medio de pomposo lauredal, sobre un otero, alzase un edificio de piedra cubierto de lamas negruzcas y verdegay, con puertas y ventanas color de almagre, gacho, extenso y sólido, construído con elementos sacados del pródigo patrimonio, rocas de la sierra y árboles del bosque, hierro y cobre vegetal. En torno del índice arbolado, la llanura cubierta de hirsuta hierba, elevada y profusa, ocupando vastísimo terreno, como imponente arroyada de vegetación que crece vertiginosamente y á lo lejos el bosque negro é inmóvil como una prolongación de la sierra sumergida en la sombra.

Momentos antes de la alborada, una columna española desembocaba en la llanura, quedando la reserva en las estribaciones de la sierra, yendo la descubierta, á salto de lobo, á apostarse en el lauredal, agazapándose tras los robustos troncos de los árboles. La columna había salido de la vecina población de Trinidad pisándole los talones á unos fugitivos que habían escapado á milagro de entre las garras del león, y volaban á consumir el delito que no era hasta entonces sino anhelo platónico. Acaecía lo que vamos narrando en 1869, época en que el pueblo de las Villas, siguiendo el ejem-

plo de orientales y camagüeyanos, realizó su asombroso aunque estéril éxodo, saliendo al campo, el 6 de Febrero, en número de catorce mil hombres, vagando como beduinos ó romeros, sin guías y sin armas, en innúmeras caravanas, ó emprendiendo arriesgadas peregrinaciones á las comarcas del Este, en demanda de pertrechos de guerra, para volver á la región natal á ofrendarse en aras de la patria. Volaban los fugitivos á unirse á las caravanas de desarmados, pero no pudiendo despistar á sus perseguidores que se les venían encima, decidieron hacerles frente ocupando y abarratando la casa del lauredal, abandonada por sus dueños desde el comienzo de la rebelión.

Creyendo el jefe de la descubierta que los fugitivos se habían incorporado á algunas de las gavillas que pululaban por aquellos contornos y que iban á hacerle resistencia en el edificio, ordenó romper el fuego sobre las partes más vulnerables de la casa. Con gran estrépito fué á incrustarse en el maderamen una granizada de balas, á esta granizada respondió de lo interior una serie de detonaciones á intervalos regulares, y así fué prolongándose aquel concertante de estampidos, semejante al vocerío de colérica asamblea, que acallase de cuando en cuando la voz estentórea de un tribuno fornido y lacónico.

El fuego que partía de la casa fué siendo cada vez menos continuado y nutrido, á ratos un relámpago rojizo que parecía brotar de las paredes como la explosión de una grieta volcánica, una onda de humo, un sonido sordo, luego un receso prolongado, hasta que volvía á repetirse el mismo espectáculo de

pirotécnica, que ya empezaba á amoscar á la tropa sitiadora.

Habían enviado los sitiadores tres cadáveres y otros tantos heridos para la reserva, y como trascurriera largo rato sin que los sitiados diesen señales de vida, ordenó el jefe que cesaran los fuegos para dar el asalto á los primeros esplendores del alba. No había acabado de circular la orden, cuando se oyó en lo interior de la casa el trueno de una detonación, al que siguió otro más estruendoso, reinando después en el acribillado edificio, cien veces fusilado, el medroso silencio de los sepulcros.

A la trémula luz de la alborada algunos grupos de infantes fueron acercándose cautelosamente á la silenciosa casa. Como intimasen repetidas veces la rendición sin que nadie respondiese, enarbolaron los fusiles como garrotes emprendiéndola á culatazos con puertas y ventanas. Cedió una puerta triscando en cien astillas, y por aquella brecha, tras un rayo de luz, entró un sargento seguido de algunos soldados. Cuando llegó el jefe de los asaltantes, al róseo resplandor de la madrugada, solo halló en el vasto y húmedo salón un cadáver tendido al pie de una ventana y un moribundo acurrucado en un ángulo sombrío.

II

El que yacía junto a la ventana era un joven como de treinta años, delgado, de mediana estatura, cabello corto, bigote espeso y bermejo y ojos vídriosos de un gris azulado. Estaba tendido boca arriba, los brazos en cruz, una pierna estirada, la otra contraída en ángulo agudo, las balas enemigas le habían horadado muslos, vientre y clavícula, ostentando en medio de la frente un agujero circuido de un halo de púrpura y hollín.

El herido, más joven que el finado, era trigueño, alto, enteco, de ojos negros, barbiponiente; tenía una herida en el cos-